

En un país de la costa del Pacífico, hubo una devastadora peste; murió la cuarta parte de la población, la quinta se halla en los hospitales y la octava emigró en busca de climas sanos: en el último censo aparecieron sanos 1,000 habitantes, ¿cuántos tendrían antes?

RESOLUCION.

Regla de falsa posición; igual su práctica á la del primer problema, y da por resultado que era el total de la población, antes de invadirla la peste.

XXIV.

Don Mateo Pótes compró toda la azúcar de una balsa, y la vendió así: 10 cargas de superior calidad á 3 pesos la arroba: 9 cargas inferior á 2 pesos la arroba: y 13 cargas que se humedecieron, á 1 peso la arroba; ¿ á qué precio podrá venderla junta, sin menoscabar de sus intereses?

RESOLUCION.

Esta es una regla de promedios, pues se va á buscar un precio medio para el arroba de azúcar, como está por arrobas, se reducen las cargas á arrobas y se plantea así:

$$\begin{array}{r} 80 \times 3 \text{ \$} = 240 \\ 72 \times 2 = 144 \\ 104 \times 1 = 104 \\ \hline 256 \quad 488 \quad 256 \\ \quad 232 \quad \hline \quad 8 \quad 1 \times 4 \\ \hline 1056 \\ 32 \end{array}$$

Resulta 1 peso 4 reales valor del azúcar.

MORAL.

Cien cuentos morales para los niños
por C. SCHMIDT.

XXXVII.

EL NIDO DE PÁJAROS.

Un chiquillo travieso y cruel, divertíase en buscar por todas partes nidos, y con bárbara alegría sacaba los ojos á los pajarillos. Reprendíale su madre muchas veces, diciéndole:

— ¡Mal hijo, recuerda siempre lo que te pronostico: si no te corriges ten por cierto que te ha de castigar Dios!

El pícaro muchacho se reía en secreto de las convenciones y consejos de su buena madre, y se iba haciendo de día en día más malo.

Un domingo, en vez de ir á oír misa á la iglesia, se fué al bosque para distraerse en hacer sus acostumbradas atrocidades. Descubrió en la copa de una alta encina un grande y hermoso nido de pájaros. Al punto se encarama al árbol, trepa de rama en rama, arranca del nido uno de los pajarillos y lo arroja violentamente á tierra. Ya estaba á punto de echar la mano á los demás, cuando de pronto el padre y la madre que eran aves de rapiña terribles, le sacaron los ojos á picotazos.

El que de Dios y sus padres
No escucha el consejo amigo,
Temprano ó tarde hallará
Un horroroso castigo.

XXXVIII.

LAS ABEJAS.

II. Entró un día Alberto en el jardín de un vecino suyo y vió un hermoso rosal todo guarnecido de flores. Cogió una rosa y dijo:

— Quiero respirar su aroma á todo mi placer. Apenas habia llevado á su nariz la rosa medio abierta, cuando sintió un violento dolor. Una abeja oculta en el cáliz de la flor, le habia picado en la nariz, porque él aturdido estuvo casi para aplastarla.

Debe el hombre recordar
Que sin prudencia el placer,
A sufrir un mal y grande
Le puede acaso exponer.

III. Alberto, que era muy colérico, se irritó mucho. Junió varios terrones de tierra y los lanzó como un furioso contra la colmena. Alteráronse de tal modo las abejas que le atacaron en gran multitud y lo acibillaron de picaduras, de manera que cayó peligrosamente enfermo. Tuvo que sufrir dolores terribles y con mucho trabajo y pena consiguieron salvarle la vida.

Aquel que su mal sufrir
No supiera, con valor,
Debe, pues que lo merece,
Esperar otro mayor.

XXXIX.

LAS MOSCAS Y LAS ARANAS.

— Con qué miras ha podido crear Dios las moscas y las arañas? decía con frecuencia un príncipe niño. Semejantes insectos de nada son útiles al hombre y si yo tuviese poder, las haría desaparecer de la tierra.

Este príncipe se vió obligado, durante la guerra, á huir delante de su enemigo. Hallándose muy fatigado por la tarde, se tendió en el suelo debajo de un árbol en medio del bosque y no tardó en quedarse dormido. Fué descubierto por un soldado enemigo que sable en mano se escurrió suavemente hacia él á fin de matarle. En aquel momento vino repente á posarse sobre la mejilla del príncipe una mosca, y le picó tan vivamente que se despertó. Levantóse, echó mano á la espada é hizo huir al soldado.

Desde allí corrió á ocultarse el príncipe en una caverna del mismo bosque. Durante la noche, una araña extendió su tela en la boca de la caverna. Los soldados que iban en busca del fugitivo príncipe pasaron por la mañana por delante de la gruta, y el príncipe oyó la conversacion.

— Mira, dijo uno de ellos, aquí, sin duda, es donde se ha refugiado.

— No, dijo el otro, porque al entrar no hubiéramos podido hacerlo sin romper la tela de araña.

Cuando se hubieron marchado, el príncipe salió con emocion alzando las manos al cielo:

— Dios mío! ¡cuántas gracias tengo que dar! Ayer me salvasteis la vida por medio de una araña y hoy me la conserváis por medio de una mosca. Sí, la más alta sabiduría ha presidido á la creación de todas vuestras obras, aun las más insignificantes.

Por muy pequeño que sea
El más débil animal,
Puede á veces á los hombres
Evitar un grande mal

IMPRESA DEL ESTADO

73/